

Estudio de la Clase Media en el Ecuador

Por el Dr. Angel Modesto PAREDES. Quito, Ecuador. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

EN el Ecuador y en los demás países de Latinoamérica que participan de condiciones sociales similares, el estudio de los problemas de la clase media y hasta la calificación de ésta, resultan sumamente complicados, al extremo de poder controvertirse si existe una sola clase media o varias, en razón de los diversos puntos de vista o planos desde que se las contemple.

Yo quiero referirme únicamente a esta República Ecuatoriana, y, dentro de ella, a los moradores de la meseta interandina. Pero en función de las razones dichas, es imprescindible delimitar la nación. Lo que nos impone echar un vistazo, por lo menos, hacia las otras clases sociales que, contribuyendo a formarlas, la sirven sin embargo de contraste.

¿Y los aspectos para clasificar semejantes contingentes humanos? Existen varios. Y el primero por su sentido tradicionalista, su vigor de permanencia y su mérito de realización natural, el que podría denominarse etnológico, o, con mayor precisión, racial. El otro aspecto sería el de las manifestaciones culturales, o relativo a las costumbres. Y el tercero, de significado económico. No siempre coinciden los tres y las correspondencias entre ellos son muy desiguales.

Dentro del campo de contemplación racial nos hallamos con estas tres categorías:

1ª La del indígena puro y de quienes han asimilado sus condiciones de vida;

2ª La del mestizo, llamado también “cholo” entre nosotros, que además incorpora a diario en su seno, contingentes de las clases superior e inferior; y,

3ª La de los descendientes de los criollos españoles, notablemente transformada por la ascensión de categorías más bajas, que casi la han absorbido.

La inmigración extranjera, de importancia en los últimos años, todavía no es tan poderosa para constituir una clase social específica, ni ha representado un verdadero contingente perturbador de nuestra política, según ha sucedido en otros pueblos de América. Los extranjeros, en gran parte han sido absorbidos o incorporados por las distintas clases: ya en virtud de alianzas matrimoniales o por la forma de su trabajo.

El grupo indígena.

A este grupo sólo he de considerarlo en el momento actual de su desarrollo, dando a esa actualidad el significado del medio siglo transcurrido de la centuria veinte. No obstante eso, señalo como antecedente necesario el siguiente hecho: la raza aborígen o de los indios, en cuatro y medio siglos transcurridos a partir de la conquista española, ha sufrido una constante penetración del elemento blanco.

Esa penetración y afluencia de sangre al torrente indígena, casi siempre se produce en nuestro tiempo en forma subrepticia e ilegal, y, rarísima vez, por uniones permanentes de cierta regularidad.

En el evento común, el fruto de la unión permanece en el poblado y la familia de la madre, en no rara ocasión adoptando la paternidad y el apellido del marido indio. La conducta del extraño váse formando con el ejemplo de las personas entre quienes mora, en términos de volverse imposible distinguir a unos individuos de otros.

Son tales resultados y semejante incorporación, los que no supieron explicar con claridad, cuantos han hablado de un indigenismo que se expresa por los aspectos de la conducta.

En el segundo caso de los contemplados —el del amancebamiento regular— el descendiente pasa a la categoría de “cholo”, y, alguna vez, adquiere la privilegiada de hijo del amo.

En esa especie de segregación étnica —de orden político y consideración social— se encuentran diversas calidades personales, si consultamos su estado de cultura y el de su economía.

La gran mayoría —quizá el 90%— son analfabetos. Pero, contra lo que se ha venido sosteniendo constantemente, el hombre de esta raza no es ya hostil ni reacio a ilustrarse; por el contrario, hay un clamor constante por el establecimiento de nuevas escuelas para sus hijos e incluso donaciones de tierras para establecerlas por parte de individuos de tan desheredado grupo humano. No es dudoso que, si se atiende en forma debida a tales reclamos, al cabo de poco tiempo habremos de hallarnos con numerosos elementos técnicamente capacitados entre ellos. Y es tanto mayor esta esperanza, cuanto a diario podemos descubrir sujetos tan favorablemente dotados que, pese a no saber leer ni escribir, aprenden con rapidez trabajos complicados y que requieren una inteligencia clara y experimental.

El cambio de la actitud del indio yo lo atribuyo: a haberse desvanecido en su espíritu el temor de sorpresas y amenazas ocultas en la conducta del blanco, respecto de la campaña alfabetizadora; y a la conciencia de responsabilidad que van fijando en él, las cooperativas campesinas.

La vida de este grupo humano, en general, transcurre en el campo, donde se dedica, casi de manera exclusiva a las faenas agrícolas, con notable rutinarismo: efecto de la ignorancia en que lo mantenemos y favorecida por un profundo apego a lo suyo y a cuanto siempre se ha hecho o dicho. Cuando acude a la ciudad se encarga de los más bajos menesteres, constituyendo un ascenso en su nivel el trabajo de albañilería y los pocos casos de empleo en las fábricas.

Sus posibilidades económicas son muy dispares, dados sus hábitos idénticos: va desde la extrema miseria de la generalidad, hasta cierto desahogo que pudiera calificarse de riqueza entre ellos, aun cuando no lo fuera para personas de mayores necesidades.

La existencia del pobre y del rico apenas se diferencia: igual morada humilde y antihigiencia, con una repugnante promiscuidad de hombres, mujeres y niños, y de seres humanos y animales domésticos en el mismo recinto. Idéntica alimentación, muy deficiente en calidad y cantidad, según lo han probado serios investigadores. Restringidas formas de esparcimiento, tal vez expresadas sólo por la embriaguez. De ahí su único lujo, que al mismo tiempo le confiere dignidad entre los suyos, del priorazgo religioso, donde consume gran parte de su caudal el rico y después de absorber las íntegras economías, carga de deudas al de escasa fortuna.

Hecho un balance de las varias circunstancias descritas, me parece que, por el momento, constituyen los indios la capa más baja de la pobla-

ción ecuatoriana; pues tomo en cuenta para calificarlas: las costumbres que practican; la naturaleza del trabajo a que se dedican; y su situación económica.

Creo que esas tres circunstancias están en trance de modificarse para el indígena, por fuerza de estos contingentes: la posesión de las tierras devueltas mediante parcelaciones o por reconocimiento de la propiedad a las comunidades campesinas, y, por una mayor atención prestada, por diversos grupos, a su ilustración, cuyo resultado inmediato sería el establecimiento de una clase media campesina, entre el gran propietario y el trabajador asalariado. Además hay el caso del "cholo", propietario que cultiva personalmente o en familia su fundo, para fortalecer el grupo.

Los Mestizos o "Cholos"

La verdadera creación de la conquista española en América fué la del "cholo". Mestizo de la raza blanca e india, lleva en sí, en potencia, los atributos de sus progenitores. Pero, en conformidad con las rigurosas leyes biológicas del cruzamiento, el mestizaje original viene perturbado por el caudal hereditario disímil, que sólo a la larga se rectifica y concilia, a medida de las mezclas sucesivas y continuas, que van depurando las calidades mejores.¹

Es por eso que fué necesario el continuo remoldeamiento que la especie impone a sus individuos, para que se vaya fijando con caracteres propios la psicología del mestizo. El proceso aún no se halla terminado y las formas definitivas, en consecuencia, aparecen raramente. De modo que sería un tanto aventurado hacer, en los momentos actuales, la caractereología del mestizaje y prefiero guiarme por los signos externos de la conducta.

Para comprender en forma adecuada este grupo étnico y su evolución, es necesario referirnos con frecuencia a sus pasadas formas constitucionales, o sea a su historia.

1 Del mestizaje como fuerza creadora de nuevos tipos humanos, he hablado en varios de mis trabajos y en particular en mi reciente obra: "Problemas etnológicos indoamericanos."

Allí he procurado demostrar la riqueza de formas culturales que puede encerrar en sí el grupo mestizo, para cuando el doble torrente hereditario, llegue a una estabilidad o armonía de sus contingentes. El mestizaje, perturbador al comienzo, guarda posibilidades insospechadas para el porvenir.

Las necesidades biológicas fundamentales, impusieron a los conquistadores el ayuntamiento carnal con las aborígenes: sin ningún sentido de responsabilidad por parte del castellano y con escaso entusiasmo por la elegida víctima de sus concupiscencias. Había excesiva rudeza de un lado y excesivo temor del otro, y el hijo así concebido enorgulleciéndose de su ascendencia paterna, despreciaba y se sentía humillado por el contingente indio que intervino en su nacimiento.

De ahí las complejas reacciones del mestizo de primer grado: de diaria tolerancia y sumiso sometimiento al español; con raros y violentos estallidos de odio y reivindicación contra sus amos, que eran a la vez sus ascendientes. Junto a la más intolerante y agresiva conducta para el indígena, a quien cierra cualquier posibilidad de ascender, y lo moteja y humilla. Aún hoy en día, el “cholo”, cuanto más próximo se encuentra a la raza aborígen, mayor enemigo es de ella. Originándose en tales causas, la desesperada ambición de ascender a las mejores categorías sociales, por sucesivos enlaces que purificarán su sangre.

La colonia, que mantuvo los repartimientos de indios en el campo, para beneficio del encomendero, organizó el trabajo manual de las ciudades en manos del mestizo. Pues siendo impropio para el español —caballero armado para someter e imponerse— se conceptuaba inconveniente para la economía del señor, en manos del aborígen.

Y así, el “cholo” debió vivir en la ciudad, agruparse en gremios y cofradías y trabajar para comodidad del castellano.

La suprema categoría fué la del hombre venido de España. Y su ocupación, fuera de la de enriquecerse con el trabajo de sus encomendados, la administración pública y las profesiones liberales.

Poco a poco, todos aquellos mestizos que habían logrado ascender por sucesivos enlaces matrimoniales, de manera de haberse perdido en el tiempo y el recuerdo su ascendencia indígena, fueron reclamando participación en los privilegios. Y la Corona de Castilla supo abrir el camino para concederlos: mediante la venta de títulos de nobleza —tanto más caros cuanto más oscura era la piel del pretendiente— y la permisión de traspaso, a título oneroso, de los empleos públicos.

En esa situación encuentra a las clases sociales la guerra de la independencia, la cual arroja y proscribiera a la primera, la de los “chapetones”, para sustituirla con la pseudo-nobleza criolla y, la más improvisada aún, de los caudillos militares.

De manera que la República reconoce: una alta categoría de criollos —de ascendencia indígena lejana y perdida en la memoria— y militares de fortuna; una clase media de mestizos, con una graduación muy extensa de condiciones; y, la servidumbre de la gleba, en el indio.

El momento en que en que vivimos.

Desde hace un cuarto de siglo, sin embargo, el ritmo general de nuestro tiempo viene dejándose sentir en el Ecuador, descubriendo en la riqueza el calificativo por excelencia de las clases sociales.

Más, en nuestra región interandina, la defensa de las altas categorías a dejarse desplazar, se muestra más decidida y enérgica que en otros lugares. Y esto, favorecido por las siguientes circunstancias: todavía el capital predominante es el de la tierra, y sus productos son la fuente principal de ingresos económicos; el suelo se conserva, en una importante extensión, en manos de los antiguos tenedores; la parcelación de los campos es un proceso muy reciente, permaneciendo en vigor el gran vicio económico de los extensos predios de difícil cultivo; y, en correspondencia al latifundismo, el régimen semi-feudal de la dependencia de los trabajadores al patrono. Aparece aquí el punto de coincidencia del antiguo privilegio del terrateniente y el nuevo prestigio del rico industrial: pues sólo el dueño de los capitales se halla en aptitud de establecer industrias.

Con todo, la pequeña industria, en varias ocasiones, ha crecido y se ha fomentado en términos considerables, gracias a las iniciativas privadas, especialmente de técnicos extranjeros, que han dado a éstos pingües rendimientos, creando en sus manos una poderosa arma económica. De otro lado, los latifundios principian a desmembrarse, dando cabida a pequeños y medianos poseedores del suelo.

Las transformaciones consiguientes son específicas, pues vemos irse sustituyendo al motivo étnico el económico, sin un abandono absoluto de aquél.

Me atrevo a afirmar que: decapitada la clase de los hombres venidos de España, no quedaron frente a frente sino el indígena y el mestizo. Ahora bien, en el mestizaje cabe hallarse varias categorías, cuya enumeración podría ser la siguiente: mestizaje inferior, medio y superior, donde vamos a inquirir por los ya mencionados caracteres calificantes: hábitos de vida, naturaleza de la ocupación y riqueza.

De la clase mestiza inferior.

Sus componentes habitan en estrechos recintos, desprovistos de higiene y comodidad. En no rara ocasión, en una pequeña vivienda de cuatro metros de largo por cuatro de ancho, se aloja toda la familia y cumplen todas sus necesidades: seis u ocho personas durmiendo juntas, cocinando sus alimentos en pequeños fogones o braseros y recibiendo sus visitas en la misma sala. La oscuridad es la gran protectora de esa miseria, de ahí la resistencia de muchos a piezas ventiladas y claras.

El motivo fundamental de esas estrecheces es la pobreza. Pero concurren a agravarla los malos hábitos adquiridos, pues prefieren gastar sus ahorros en fiestas y vestidos llamativos, en desacuerdo con sus posibilidades.

El grado de desnutrición es alarmante en esta clase, pues suplen la pobreza de alimento con el empleo del alcohol.

Sus ocios son numerosos —excesivos quizás— pero mal empleados: no es el descanso sino la pobreza. Carácter acaso heredado del indio, como la naturaleza de las relaciones sociales, que más que otra cosa parece ser un gregarismo debido a la vecindad. El esparcimiento confortante y culto, se inicia únicamente, con el desarrollo de los sindicatos y otras agrupaciones que lo imitan, y con la popularización del cine. Sería de desear que este medio de distracción se abarate y seleccione. Sin embargo, aún el mismo cine no seleccionado, ofrece un mejoramiento en los modales.

El trabajo a que se dedican los individuos pertenecientes a esta clase, es el manual, del taller o de la fábrica.

El taller está representado por el trabajador autónomo, el maestro de obra a artesano. Quien, en alguna ocasión dispone de unos pocos aprendices; pero es lo común, que se auxilie con el trabajo de los miembros de su familia. El pago a los aprendices es sumamente exiguo, en correspondencia con las escasas ganancias del dueño del taller.

En verdad, la condición económica del trabajador autónomo es de las más miserables y puede decirse que paga su independencia a costa de una extrema pobreza. Es el total desamparo de las leyes, que no se han preocupado de defenderlos como lo han hecho con otros trabajadores, en especial con los de las fábricas. El último Congreso de la República —1948— dictó la primera ley sobre la materia, objetada por el Ejecutivo, fundándose que en lugar de ampararlos iba a volver difícilísima su situación.

Artesanos, obreros de fábrica y otros asalariados, lo mismo que los pequeños comerciantes de víveres y dueños de humildes fonduchas —que deben agregarse a esta clase— viven en las lamentables circunstancias de higiene y de pauperización ya referidas.

Una importante legislación de protección social y seguros introducida en el Ecuador, ha venido a redimir en parte a este grupo: ya empeñándose en la provisión de viviendas baratas y con un mínimo de comodidad; ya imponiendo el ahorro obligatorio, con el descuento respectivo al patrono y al trabajador; ya concediendo auxilios médicos y el descanso asistido a la madre, antes y después del parto; ya preocupándose por estaciones de recuperación física para los trabajadores, y de sus vacaciones pagadas. Además, la higiene, limpieza, comodidad y luz exigidas en los talleres, van imponiendo en el obrero las propias necesidades en la casa privada. No dudo que a lo largo de algunos años, influirán estas conquistas en nuevas modalidades culturales de esta clase popular.

Por desgracia esa legislación protectora ha sido creada únicamente para los trabajadores de las fábricas y restringido número de asalariados; dando como consecuencia que, conservando hasta ahora el mismo tren de vida casi la integridad de esta clase, los unos se hundan cada vez más en la mayor miseria, mientras los otros mejoran.

La clase media mestiza.

Esta categoría se halla constituida por el comercio, la industria, la administración pública y las profesiones liberales.

Hay un tránsito repentino y visible de los hábitos y costumbres, cuando comparamos esta clase con los demás grupos descritos.

La higiene y comodidad de la vivienda son mucho mayores, creciendo en amplitud y ornato sus departamentos. El mínimo, para un matrimonio sin hijos, se conceptúa: una sala de recibo, un dormitorio, comedor, cocina y, de ordinario, un baño.

La alimentación mejora; aun cuando no es lo nutritiva que sería de desearse.

La vida social es poco intensa y variada; y sus ocios, sin empleo, vuelve la existencia muy propensa al aburrimiento.

Por la categoría de gentes que hemos colocado en esta clase, se ve que su trabajo no es exclusivamente manual, sino manual e intelectual, o puramente intelectual.

La situación económica es muy variada, debido a diversos motivos cuyo análisis emprendemos en seguida, para cada uno de los subgrupos.

En la economía moderna la actividad más combatida ha sido la del comerciante. Se le acusa de no ser un elemento productivo y obtener inmensos rendimientos sin beneficio social equivalente.

Si bien no puede afirmarse que la actividad mercantil sea socialmente inútil, pues permite y regula la distribución indispensable de las mercancías necesarias; es cierto, que en circunstancias normales han creado fortunas inmensas, obtenidas con el menor escrúpulo y por cualquier medio. Pero en épocas de crisis se atenúan de manera considerable esos resultados: bien porque las ganancias disminuyen en grandes porcentajes, bien porque los gobiernos controlan y vigilan su ejercicio, e incluso participan de manera directa en los mercados para el reajuste y rebaja de precios.

Y las crisis de nuestros tiempos se han convertido en un mal crónico, señalando peligros nuevos al comercio e imponiéndole conducta extraordinaria, que en los casos más graves le conduce a la suspensión de pagos y hasta a la quiebra, con graves consecuencias generales, cuya prevención corresponde a los gobiernos. El comercio en todo momento y en especial en los de crisis, se convierte en una especie de juegos de azar, en que los calambures de los mercaderes se hallan a la orden del día.

La mayor parte de este empleo en el Ecuador se halla en manos de extranjeros, quienes provistos de mayor sentido mercantil, obtienen los mayores rendimientos. La vida que llevan es cómoda y sin grandes amenazas.

La industria participa hasta cierto punto de las críticas dirigidas al comercio, pero le corresponden sustanciales diferencias.

Su carácter de transformadora del fruto natural para adaptarlo a las necesidades del hombre, le confiere mayor aceptación y el título de creadora de riqueza.

El industrialismo en este país es aún incipiente, sin que por lo mismo haya podido acumular —excepto en rarísimos casos— muy cuantiosas fortunas. Y los efectos de su poco desarrollo: técnica deficiente, maquinaria de inferior calidad, dificultades en las materias primas, salarios altos con relación al rendimiento y escaso mercado para sus productos. Por otra parte, la legislación social, bastante más avanzada que nuestro progreso en la industria, restringe notablemente las utilidades.

Las consideraciones precedentes no deben inducirnos a concluir, que sea necesario derogar la legislación protectora del trabajo, sino a buscar formas de alivio a las empresas, si se demuestra que son insuficientes las ganancias, para estimularlas.

Las dos categorías descritas, junto con la de los terratenientes medianos, son las de mejores recursos económicos en la clase mestiza media. Y las condiciones más difíciles pertenecen a los empleados de la administración y a los profesionales de profesiones liberales; en virtud de que, habiendo crecido en notables proporciones las exigencias de su comodidad y representación, los medios para satisfacerlas no responden en igual grado.

El Fisco no acrecienta sus recursos con la celeridad que aumenta el costo de la vida y está incapacitado de ponerse a tono con los nuevos requerimientos de sus empleados. Y éstos, o tienen que completar sus recursos por otros medios o resignarse a un permanente déficit. Lo primero no puede reconocer ni aceptar sino un gobierno de sorprendente inmoralidad y lo segundo tiene consecuencias muy lamentables en la conducta privada.

Sin embargo, la organización del Instituto de Previsión y la Caja de Pensiones, ha representado un auxiliar invalorable para la economía de sus afiliados, y todo empleado público es afiliado obligatorio de la Caja de Pensiones. Debo sí hacer constar que los beneficios acordados a los servidores de la administración, por las leyes de protección y seguro social, no son tan amplias, completas y fundamentales que las conseguidas por los obreros. Desde luego, no se reglamenta para aquellos ni se reconoce el derecho a la huelga ni han obtenido todavía la estabilidad en su trabajo. Hay otros varios detalles que, beneficiando a los empleados privados, no se aceptan para los servidores públicos.

Desprovistos de todas esas ventajas y sistemas de protección, el estado de las personas que ejercen las profesiones liberales, es de verdadera angustia.

Durante la colonia su ejercicio fué de privilegio. Ni el acceso a las universidades ni, en consecuencia, los títulos de capacitación concedidos por éstas, se hallaban al alcance de cualquiera, sino de las más elevadas categorías sociales. Igual estado de cosas se conservó en la práctica en los primeros años de la República, aun cuando no por sanción legislativa, sino por las circunstancias, sobre todo por las dificultades de llegar a los

Centros Docentes, para quienes carecían de recursos. Facilitadas las comunicaciones y rebajados los gastos, al extremo de ser gratuita la enseñanza en los Altos Centros Educativos, las profesiones se han democratizado, con las ventajas y los peligros que tal democratización entraña.

No hace falta en este estudio sino indicar someramente los peligros.

El aumento de profesionales, en términos de exceder a cualquier servicio necesario, ha vuelto implacable y feroz la competencia. No en el sentido de estímulo y superación, sino para la conquista de clientes. Lo que supone: el charlatanismo, la falsa y desconcertada propaganda, las simulaciones más groseras, un descenso clamoroso en la ética profesional y la disminución, en límites inconcebibles, de los honorarios.

El profesionalismo ha perdido, por lo dicho, categoría en nuestra República, y se halla desprovisto de toda protección social y legislativa, en un combatir a brazo partido contra innumerables tentaciones y competencias. La conservación intacta de una conducta moral, es suceso de excepción que casi alarma e irrita. Y en la opinión pública: se ve a las personas de mayor honorabilidad, recursos y categoría, buscar al brujo o mágico, y no al médico sensato; al abogado tildado de trapacero, y no al que sabiendo el oficio lo desempeña con legalidad.

Uno de los más altos ingenios del teatro español nos dejó la siguiente enseñanza: "El vulgo es necio y pues lo paga, es justo hacerle, hablarle en necio para darle gusto." De esto se han valido todas las demagogias, sean políticas, sociales o de orden profesional. Pero no creo que sea justo: es aconsejable para el triunfo personal, siendo de daño colectivo inconmensurable. La tesis cristiana opongo a ella: enseñar al que no sabe. Y que deberíamos completarla con la máxima de castigar severamente el engaño.

Espero que las crisis profesionales suponga algo muy transitorio destinado a desaparecer cuando mejor se comprenda el papel que les corresponda a los profesionistas. En nuestra República la íntegra realización humana se encuentra en aquel estado que, sin llegar a ser todavía, se comprende y se desea, se aspira y hasta se conquista en limitadas efectividades. Hay una poderosa energía sin canalización debida. Y en el campo profesional, sería de meditar muy seriamente en la tendencia ya formulada, de conceptuarlas como servicio público, muy de acuerdo con el sistema político moderno de la protección social.

Por las descripciones que acabamos de hacer, se ve cómo los límites de separación entre la clase media y las otras, son tan fluctuantes y va-

riables, que al señalar porcentajes podríamos dar una falsa impresión. Esto se ha de apreciar todavía en mayor grado, cuando hablemos de la alta clase mestiza y de los recursos por los cuales la clase media podrá incrementarse.

La clase elevada del mestizaje.

Se halla formada por los residuos de la aristocracia criolla, —que no ha descendido por causa de su debilitamiento económico—, y, por los nuevos ricos. Estos últimos son: o gentes de categorías inferiores que, por su trabajo asiduo o merced al azar se enriquecieron o extranjeros dotados de gran iniciativa y tesón en el esfuerzo realizado, que han sido compensados con la fortuna.

Su número es realmente escaso. Las casas solariegas y los extensos recintos ocupados por una sola familia, apenas hoy existen. Lujo y esplendor en la morada, en muy contadas ocasiones. De manera que por estos aspectos se diferencian bien poco de los grupos superiores de la clase media. Y lo mismo podemos decir de la alimentación.

La nobleza criolla ha tenido que reconocer que, para subsistir en nuestros tiempos, necesita trabajar. Y ya no desdén la labor ni el esfuerzo, siendo su campo de trabajo el mismo de la clase media. La educación que reciben es igual para las dos clases, siendo un tanto descuidada por los ricos.

Los magnates de la industria y el comercio son contados en nuestra República, por su propia economía incipiente.

En total, esta clase antes es un peligro que una realidad.

¿Sería de desear el incremento de la clase media?

A todas luces, sí. Y no conceptúo difícil el conseguirlo. Y más aún, creo que se halla en marcha tal proceso.

La industrialización, hasta este momento, dando un nuevo empleo a las energías del mestizo inferior no ha sabido infundirle nuevos hábitos y costumbres; pero será el resultado natural de la educación privada, y, la pública y política del sindicato. El sindicato estimula, defiende y ampara; crea cierta sociabilidad entre sus miembros y les da nuevos métodos de esparcimiento. He ahí la fórmula sencilla de aumentar el mestizaje medio.

Además, el campesino indígena autónomo, o sea el que cultiva parcelas propias de terreno y satisface con su producto todas sus necesidades, está en trance de ir a integrar también una clase media, la ya mencionada del campo, en unión de otros cultivadores de pequeños fundos. Esto se obtendrá por una adecuada educación y el respeto a su personalidad, principio de universal reclamo de las minorías, que trastornado en el significado natural del término, es la condición de nuestra mayoría de pobladores, los indios; quienes siendo políticamente los más débiles, necesitan un particular amparo público.

El beneficio de tal evolución de las clases inferiores para incrementar la media, no es necesario ponderarlo. Se aprecian desde luego: un ritmo más sincrónico en la existencia general; un mejoramiento notable en las costumbres populares; un esfuerzo mayor del hombre para alcanzar las comodidades de la vida y cierto grado de ilustración; y, con un *standard* elevado para la mayoría, una economía de superior desarrollo.

Por otra parte, la conducta política habrá de enriquecerse y matizarse, y la democracia se acercará a su efectividad.

El indio hasta ahora ha permanecido casi en lo absoluto indiferente a la política, sin participar en las elecciones públicas que ella despierta. Apenas si las Comunas y Cooperativas indígenas principian a sentir su propia política y como algo secundario y derivado, la del Gobierno y la administración estatal.

La clase media es el centro de incitación, agitación y desempeño político. Es activa e inconforme. Busca y exalta nuevas formas de existencia y reclama mejores consideraciones humanas a las personas. Por tanto, sus opiniones son las decisivas en la orientación de la marcha del Estado. Tienen un gran sentido de emulación que, abandonado como está a sus móviles primitivos, han causado las rencillas y el egoísmo, pero que debidamente canalizado, dará origen al afán de superación.